

El Santuco de la mies

UNA tarde —era el mes de mayo— sallaba maíces en la mies del Santuco, al frente de una cuantas mozas bien dispuestas para el trabajo, el viejo labrador Jusepe, hombre de bien a carta cabal, y narrador concienzudo y fiel de leyendas y consejos.

La tarde estaba apacible y silenciosa, sin que en la mies se dejaran sentir otras armonías que las producidas por el canto de los mirlos, medio ocultos entre los matorrales de *las lindes*, ni otros ruidos que el producido por el golpear acompasado de las azadas de largos mangos, manejadas por diestras salladoras.

El canto de los pájaros, vivo y alegre en las primeras horas de la tarde, tornóse luego en pausado y triste; el *raitin* (piti-rojo), con su vuelo callado y rastrero, burla el golpe de las azadas y se apodera de la gusana que se retuerce sobre la movida tierra.

Allá —en los Urrieles, Picos de Europa— nubecillas siniestras giran en torno del renombrado Naranjo de Bulnes, mientras que el severo Escudo de Cabuérniga se presenta envuelto en espesa neblina; señales todas de amenazadora tormenta, que no tarda en iniciarse por el rumor de lejano trueno y la caída —a intervalos— de gruesas gotas que doblan las hojas de los tiernos maíces.

De la espesa niebla del Escudo formóse luego una nube compacta y de color plumizo que, al estallar del trueno, se deshace en copiosa lluvia, mezclada de granizo; motivo bastante para poner en dispersión a las descuidadas salladoras, quienes, poco antes alegres y regocijadas, esparcidas por toda la mies en muchos y variados grupos, hacían llevadera y hasta dulce su labor al compás de los *cantes* característicos de la Tierruca, que tanto dicen a la gente moza.

Corrían todos en busca del *asubio*, allí donde más cerca se les deparara, y el grupo que dirigía el viejo Jusepe se guareció en el Santuco de la mies.

Rayaba el tío Jusepe en los setenta; era de más que mediana estatura, y distinguíale en mucho la largura de sus brazos; lánguido del ojo izquierdo por corrimiento del párpado, resultaba, mirado por este lado, de expresión socarrona y tierna, mientras que era lince del derecho y con él penetraba las intenciones; a su abultada cabeza rodeaba un pañuelo de percal de llamativos colores, y de su artística colocación (de la cual cuidaba mucho) resultaban algunos picos salientes, a modo de pequeñas *caperuzas*; cuando se reía, tan solo era de notar en su media cara, quedando impasible la otra mitad.

Esto por lo que hace a lo más saliente de nuestro hombre, en cuanto al físico, que por lo que toca a lo moral, ya es otra cosa.

Era de blanda y suave condición, hasta meloso *inclusive*, y trataba de *vos a las gentes*. Holgábase los domingos, pero honradamente, sin que jamás se diera el caso de tener que sacarlo del fondo de ningún barranco, ni de entre las espesuras de zarzal alguno, que al fin, siempre acertó a su casa, aunque para conseguirlo se desviara —a las veces—algún tanto de la recta. Recelaba de los *muertos* más que de los vivos, pues afirmaba, a puño cerrado, que se daban casos de aparecidos.

Al penetrar en el *Santuco* o humilladero, se inclinaron todos devotamente ante el crucifijo que ostenta.

Ya se disponía Jusepe a referir la historia del Santuco de la mies a las mozas salladoras, cuando acertó a pasar por allí el pedagogo D. Bonifacio, gran humanista y devotísimo de los clásicos, hasta el punto de que, al decir del señor cura de la villa, los *volteaba*. La pedantería, que caracteriza la clase, rayaba tan alta en D. Bonifacio, que se hacía inverosímil. Decía que las odas del poeta Horacio formaban sus delicias y eran pasto sabroso de su espíritu, y que de ellas prefería el *Beatus ille* y el *¡Heu! Fugaces*, porque la primera traía a su memoria la vida del campo, con tanta verdad pintado, y le recordaba la segunda como fugitivos se deslizan los años. Gustaba de la música y del canto, acompañándose de un prehistórico clavicordio, en el cual ensayaba *acompañamientos para vísperas*. Y añadía que era más apasionado de las melodías *del suave tono jónico* que de los acordes *del grave tono dórico*.

Al entrar D. Bonifacio en el Santuco, se descubrió, dejó caer los brazos e inclinó la cabeza; así se mantuvo breves instantes, como en actitud suplicante; pero recobrando de pronto su natural apostura, exclamó:

—*Exurge Christe, adjuva-nos.*

Entonces Jusepe, le contempló y admiró: tenía-sele en la villa y fuera de ella por gentil latino, y no sin razón.

—Cuando *vos asomásteis* decía yo a estas muchachas que rezaran un «Pater noster» por la *defunta* Ortegona, puesto que a ella debemos este Santuco, donde al presente *asubiamos*. Ello es verdad, que bien tardaron en levantarlo, a pesar de lo *estipulado* por la *defunta*: vos, D. Bonifacio, bien sabréis todo lo que por aquel entonces se dijo en la villa al *respetive* del caso.

A lo cual contestó D. Bonifacio:

—Hallábame lejos de los *lares*, cuando tuvo lugar ese ruidoso acontecimiento, que tanto dio que hablar en la villa y sus contornos. Formaba por aquella época —aunque débil— entre aquel pu-

ñado de valientes que defendían el fuerte del Trocadero, episodio de los más memorables que registra nuestra historia patria, así en los modernos como en los pasados tiempos, aunque en aquella solemne ocasión no coronó el éxito nuestros esfuerzos, habiéndonos sido adversos los Hados.

Por lo demás, buen Jusepe, bien podéis dar comienzo a vuestra relación del Santuco, que yo gustaré de oírla, y a estas graciosas muchachas no las causará desagrado.

—Pues a la buena de Dios —contestó el tío Jusepe—, y no lo echéis en saco roto, que allá va la historia sin quitarle ni ponerle.

»Murió la tía Ortega, allá cuando la *última francesá*, que temo fue *cancia* el veintitrés, y dejó dicho de palabra y por testamento escrito ante escribano y tres terratenientes de los más saneados de la villa, que aquí en este *mesmo* sitio, y donde a la presente *asubiamos*, se levantara de nueva planta, y con la *basamenta y solidé que es de pertenencia*, un santuco o humilladero que sirviera de abrigo —como pinto el caso— a las gentes que estuvieran de *laboreo en la mies*, y también para el trashumante, que todos semos hijos de Dios.

»Pero pasaba el tiempo, y el santuco no se hacía, porque diz que los herederos de la Ortega jallábanse bien con los dineros. A todo esto, el vecindario *mermuraba*, y no con mala intención, porque pedía lo suyo, y tanto era justo.

»Así las cosas, íbamos para la villa una noche el defunto *Chisquín* y mi persona, atento al punto *de espionaje de plantones*, que aquella noche nos había tocado en suerte prestar, motivado a la guerra con el *francés*, cuando al pasar por este *mesmo sitio columbramos* una luz, que *maldecía* si en un principio aparentaba ser mayor que la de un candil, y no sospechamos que fuera de alma en pena, sino de algún *jolgazán*, que no faltan en los pueblos, de esos que no siembran, pero recogen. Habéis de saber que esto sucedía, allá por el tardío, y como además *andaba* el

vende-sú, ya amarilleaba la calabaza y entraba en sazón la panoja y el *fisán*.

»Poco a poco, y no sin escama tapando el *aliendo* y separando los *pajones* con mucho *tiento* para no hacer ruido, nos íbamos acercando a la luz, y cuando ya estábamos cerca de ella se nos aumentó de pronto, hasta parecernos del grandor del sol cuando toca con la mar, y entonces *mesmo* nos largó una *gofetá de azufre*, que nos hizo *ir a un sen a entrambos y dos*. Después que nos *ase-renamos y mos hombreamos* un poco, jugámosle la vuelta, no sin dejar de mirar para atrás, porque parecía como que nos seguía, llegando por fin a la villa más muertos que vivos y *jirviéndonos el pecho* ¡vaya si nos jervía! Allí quisiera yo haber visto al Rojo, al Persio, al Cojito y Angelillo, que cuando vuelven de esas Andalucías se la echan de ternes, diciendo que eso de aparecidos y almas en pena son cosas de sacristanes y rapaces.

»Por fortuna nuestra, aquella noche no hubo necesidad de correr pliego *delguno*; que, a haberla, no fuéramos quiénes para ello.

»La luz seguía apareciendo todas las noches a la misma hora y en el mismo lugar, y no dejó de verse hasta que los herederos, amonestados por el señor cura, amenazados por la justicia, y temerosos —sobre todo— de un mal resultado para sus almas, empezaron a acopiar materiales y se levantó el Santuco donde al presente *asubiamos*.

Atentísimo estuvo D. Bonifacio a la relación de Jusepe; admiró su sencillez y se pasmó a la vez de su mucha credulidad.

—¿Y es posible, buen Jusepe, que así hayáis de prestar asenso a tanto desvarío? ¿Qué esa luz encendida acá, en el tiempo, con siniestros fines, por mano de un mortal, hayáis de achacarla a misteriosas manifestaciones de los espíritus?... Estos no vuelven, una vez que se les hayan cerrado las puertas de la eternidad.

—Vos, D. Bonifacio, habláis como un libro; pero no por eso me habrán de quitar estas creencias, heredadas de mis mayores,

a pesar de vuestras filosofías. Entonces también me negarán lo de los *gisos*.

—Ignoro a qué hitos queréis referiros —le contestó el humanista.

—Pues, hombre de Dios, atento al restrozo de la *mies* del cabrero, que ahora por los Difuntos hará el año. Es bien sabido por todo el vecindario que Bisieres y el Pisquilino fueron muy dados en vida al cambio del *giso*, y no lo es menos que *giso* que se muda de su sitio en vida, hay que volverlo a colocar *después de muerto* allí donde en ley y en *concencia* le pertenece y debe estar. De ahí el *rabo en tierra* (galerna) que vino aquella noche, que no dejó teja en su lugar, ni *gelechal* en pie, ni erizo de castaña en el castañar, ni *pelo de toñá sin chamurcar*; que todo este maleficio nos vino, bien podéis creerlo, motivado a la aparición de Bisieres y el Pisquilino, que fue *enjemplar* el destrozo que nos hicieron en la *mies* aquellas almas en pena con el *tragín* que llevaron toda la santa noche quitando y poniendo *gisos*. *Mirá* que nos mermaron la *mies* en más de una mitad.

—Veo Jusepe —le contestó el humanista— que ni frailes descalzos que vinieran a sacaros de vuestro error serían capaces de conseguirlo. Así, pues, continuad en vuestras imaginativas, que ellas patentizan vuestra sencillez y también vuestro temor a Dios.

—Él no me falte —contestó Jusepe.

Y echando mano a las azadas y al botijo del agua, que allí junto tenía oculto entre frescos helechos, tomaron el camino de la villa, donde se separaron: el tío Jusepe para ir a la taberna de su compadre a echar medio cuartillo de lo blanco, porque era sábado y no tenía que madrugar al otro día para dedicarse a las labores de su oficio; D. Bonifacio a *emborracharse* con los clásicos y a beatificarse con las armonías del *suave tono jónico*, y las mozas a revolver el fondo de la *jucha* para reconocer los trapillos que debían lucir en el corro al siguiente día, domingo, y ventilarlos pa-

ra desvanecer algún tanto el fuerte olor del membrillo, de que debían estar saturados, según añeja costumbre.

Recuerdos de Antaño (1893) y *Antaño* (1903).